

Si eran incómodas aquellas visitas á los que las hacían, tal vez no lo eran ménos á los que las recibían. Marcial se queja de cierto señor romano que no había admitido la suya : « Des- » de que has regresado de Libia (dice), cinco » veces seguidas me he presentado en tu casa, » sin haber podido darte los buenos días; tus » criados me han dicho siempre ó que tú esta- » bas durmiendo todavía, ú ocupado ya en ne- » gocios. Bien echo de ver, señor africano, en » qué consiste esto; no te gustan mis buenos » días; pues bien, te doy las buenas noches, y » te digo : *Á Dios.* »

Plinio el jóven (lib. III, *epist.* 12) llama *officia antelucana* este correr ántes de día que hacían los grandes señores; y con esta ocasión refiere el hecho de Caton, el cual, á lo que de la cena se volvía á la ciudad, había sido hallado ebrio por una muchedumbre de aquellos saludadores de la madrugada: y que estos respetaron tanto su virtud (la cual por cierto poco brillaba en aquel lance), que se retiraron silenciosos y avergonzados, lo mismo que si hubiese sido Caton quien les hubiese hallado á ellos en la culpa.

Tales eran las ocupaciones de los particulares: ¿eran acaso ménos tempraneros los magistrados? Dice Juvenal que no era de extrañar que los ricos tuvieran tan poco en cuenta la solicitud y los desvelos de los pobres, atendido que hasta los pretores, que eran los magistrados supremos, no estaban ménos atareados.

Los autores mencionados vivían en tiempo del emperador Domiciano, Nerva y Trajano; pero lo que dicen ellos de semejantes salu- taciones, se practicaba de un modo distinto en tiempo de la República; no se había cambiado mas que el motivo, por ejemplo, cuando se buscaba protección para entrar en alguna carrera ó conseguir algún empleo, ó con la esperanza de otras ventajas.

En esto se pasaba la primera hora del día, y muy á menudo también la segunda. Pero no era una ley indispensable esta costumbre; y los literatos y los hombres de negocios buen cuidado ponían en no prodigar momentos tan preciosos.

La tercera hora, que correspondía á las nueve de la mañana entre nosotros, se empleaba en los asuntos del foro, excepto los días consagra- dos al descanso por la religion, ó que estaban destinados á cosas de mayor trascendencia para los tribunales, de cuyo número eran los comi- cios. *Feris jurgia et lites amovento easque in familiis, operibus patris, habento*, dice Cice- ron en el lib. II. *De legibus.*

Los que no iban al foro como jueces, como partes, como abogados, ó como pretendientes, asistían en calidad de espectadores ú oyentes, y durante la República, como jueces de los jueces mismos. En los pleitos particulares, que se despachaban en los templos, no se veían casi mas que los amigos; pero en asuntos de inter- es público, por ejemplo, cuando un hombre al

salir de la magistratura era acusado de haber gobernado mal su provincia, ó administrado mal las rentas públicas, despojado á los aliados, ó atentado á la libertad de sus conciudadanos, entónces la gran plaza, en donde se ventilaban las causas, era harto pequeña para contener toda la gente que iba llevada de la curiosidad. Pero es poco decir: *la curiosidad*. Supongamos lo que sucedía casi todos los días cuando esta- ba en su mayor auge la República; supongamos que un procónsul ó un pretor hubiese dado márgen á una acusación de concusión ó de peculato; cada ciudadano, que miraba á las provin- cias del mismo modo que los hijos de fa- milia miran á las tierras de los padres y las madres, que sacaba de allí toda su subsistencia en premio de la sangre que él y los suyos ha- bían derramado para conquistarlas, y que veía, si llegaban á quedar sin castigo las prevarica- ciones y rapiñas de los gobernadores, que aquel fundo en breve iba á no dar fruto alguno, no dejaba de asistir á aquellas causas, y de indu- cir con su presencia á los jueces á desempeñar fielmente su cargo; miéntras que por otra parte los amigos del procesado, los parientes y los hijos, vestidos de luto, se esmeraban con la mayor solicitud y á fuerza de lágrimas en se- cundar los esfuerzos de sus abogados, y de in- clinar al juez mismo á la piedad.

En caso de faltar estas grandes causas, lo que raras veces sucedía desde que los Romanos poseían la Sicilia, la Cerdeña, la Grecia, la Mace- donia, el África, el Asia, la España y las Gálias, se pasaban, esto no obstante, la tercera, la cuarta y la quinta hora del día en las plazas; y; desgraciados entónces de los magistrados cuya conducta no era irreprehensible! La murmu- ración les perdonaba tanto ménos cuanto que no existía ley alguna que les pusiera á su abrigo; hasta que Tiberio quiso que toda palabra y re- union contra el gobierno fuese castigada lo mismo que los actos.

Agotadas las noticias de la ciudad, se pasaba á las de las provincias: otra especie de curio- sidad que no se desdeñaba, pues no solo eran las provincias el patrimonio mas seguro de los hijos, mas también la morada permanente de caballeros romanos, que hacían en ellas un comercio tan provechoso para el público como lucrativo para los particulares.

Aunque todos los ciudadanos, generalmente hablando, consagraran aquellas tres horas á la plaza pública, y á lo que en ella pasaba, no de- jaba de haber algunos que eran mas asiduos que otros. Horacio (*Ars. poet.*) los llama *forenses* (parte ociosa y sediciosa del pueblo, que no tenía ni casa ni hogar, y estaba siempre en la plaza pública). Plauto y Prisciano los llaman *subbasilicani* (ociosos, noveleros, que se esta- ban paseando al redor de los tribunales). Y M. Celio, en una carta á Ciceron, les da el nom- bre de *subrostrarii, subrostrarii* (ociosos, no- veleros, que no se movían de la plaza pública). Los otros ménos ociosos se ocupaban de un

modo conforme á su condicion, á su dignidad y designios. Los caballeros hacían el banquero, estaban encargados de los registros de los trata- dos y contratos legítimos; los que aspiraban á los cargos y honores iban mendigando sufra- gios; los que tenían en ellos algun vínculo de sangre, amistad, patria ó tribu, y hasta los se- nadores del mayor rango, por afecto ó por agra- do á los candidatos, les acompañaban en las calles, en las plazas y los templos, y los reco- mendaban como buenos ciudadanos á cuantos iban encontrando; y sobre que entre los Ro- manos pasaba por un agasajo el llamar á las personas por su nombre y apellido, y era im- posible que un candidato se metiera en la ca- beza tantos nombres y apellidos diferentes, para suplirlo, estos tenían nomenclatores que les da- ban los nombres de los que por casualidad en- contraban. Si volvía de la provincia algun ma- gistrado, el candidato salía de la ciudad á su encuentro con gran séquito, y le acompañaba hasta su casa, cuya entrada había previamente tenido el cuidado de adornar con flores y hojas. Igualmente, si salía un amigo para ir á un país extranjero, lo iba á acompañar lo mas léjos que podía, se ponía en su camino, y en su presen- cia hacía votos y oraciones para el buen éxito de su viaje y su feliz regreso.

Todo esto sucedía también en tiempo de la República; pero en tiempo de los Césares se introdujo entre los grandes una especie de ma- ña, que no se ha vuelto á ver. Nadie podía pasar por hombre muy grande, si no se presen- taba en todos los barrios de la ciudad con un numeroso acompañamiento de literas precedi- das y seguidas de esclavos hermosamente ves- tidos (*anteambulones, pedissequi*). Caro costaba semejante vanidad, pues era menester pagar á los que asistían á aquella pompa; y Juvenal, que tan bella descripción hace de ella, asegura que había personas de alto bordo y magistra- dos que la avaricia inducía á engrosar la mu- chedumbre de aquellos indignos cortesanos.

Al llegar la sexta hora del día, es decir, medio día, cada cual se volvía á su casa, hacía una módica comida, y tomaba la siesta. *Sexta, quies lassis*, decía Marcial.

Pasada la mitad del día, vamos á ver cómo se pasaba la otra, y cuanto mas ocupada fué la primera, tanto mas relajada va á ser la otra. La una ha ocupado al espíritu, la otra va á ocupar al cuerpo. Tal es el sentido de este dis- tico:

Sex horæ tantum rebus tribuantur agendis;
Vivere post illas litera ζττα monet.

La letra ζ significa el número siete, que re- sponde á nuestro toque despues de medio día, y empieza la palabra ζττ, que quiere decir *vivir*. De donde resulta que los Romanos hacían dos personajes diferentes en un mismo día; el de la mañana, muy arreglado, y el de la tarde, enteramente natural; el primero era al-

tivo y soberbio en las reuniones, y el segundo era humano y gracioso en la sociedad.

Miéntas duró aquella sombra de República, los que dirigían las principales acciones de la vida al bien del país ó de la familia, conside- raban aquellas primeras horas como la mejor porción del día y como un tiempo sagrado:

Nunc adeo melior quoniam pars acta dici est,
Quod superest læti bene gestis corpora rebus
Procurate, viri...

dice Virgilio. El jurisconsulto Páulo se expresa en los mismos términos en el libro I: *Cujus- que dici melior pars est horarum septem pri- marum diei, non supremarum*. En efecto, entónces el hombre de mente mas sana y mas bien dispuesta para los asuntos que requieren atención, se hacía un escrúpulo de permitirse la mas mínima diversion: *Nefas per volupta- tem aliquid aggredi*: y no era de moda darse una pavonada hasta que hubiese concluido el tiempo de los negocios. Por esto declara Marcial que por la mañana él no tenía valor para pre- sentarse delante del emperador, ni quería tam- poco que se presentaran en su casa sus amigos, pues el humor jovial que le caracterizaba, por ningun estilo convenia al uno, y todavía senta- ba ménos al otro:

... Gressu timet ire licenti
Ad matutinum nostra Thalia Jovem.

Y hablando á cierto amigo suyo:

Et matutina si mihi fronte venis.

Mas como había entrado en las costumbres el no ocuparse de negocios despues de haber comido, ni de placeres por la mañana, todavía se veían gentes laboriosas que prolongaban la labor hasta mucho mas allá de los términos ordinarios, y muchas veces también hasta la hora décima del día. Estas eran personas raras y hechas mas bien para dar buenos ejemplos que para seguir las malas costumbres: hombres cuya vida es una censura perpétua de la de los demas; verdaderos magistrados, dedicados al bien público, y celosos oradores que se creían deudores de la sangre de los infelices, de cuya defensa se habían encargado. Tal era Asinio Polion, que Horacio llama « poderosísimo apoyo de los inocentes acusados, y brillantísima luz del Senado; » y de quien Séneca dice que había puesto tanto arreglo en la distribución de su tiempo, que estaba trabajando hasta la décima hora, esto es, hasta las cuatro de la tarde; pero pasada aquella ni tampoco hubiese querido abrir una carta, de cualquier punto que le hubiese llegado, temiendo hallar en ella algo que le diese mas ocupación de la que se había fijado para aquel día, ó que pudiese perturbar su des- canso, al cual había consagrado el resto del día.

Caton, viva imágen de la virtud romana, no había tenido tanta perseverancia en trabajar durante su pretura; hacía justicia con toda

exactitud las tres ó cuatro horas que á esto habia destinado : y despues de esto se iba á su casa para tomar una sobria comida. Y Plutarco rechaza como un cargo injurioso lo que decian los enemigos de aquel esclarecido varon, que era sabido que iba á sentarse en el tribunal despues de haber comido. Si creyéramos nosotros que los demas romanos vivian como Caton, por cierto no les haríamos mucho agravio. Tambien asegura Plutarco que él, un rato despues de comer, acostumbraba ir á jugar á la pelota (*pila*) en el Campo de Marte; y que el dia mismo en que tuvo que sostener la repulsa mas sensible de la parte del pueblo, que le prefirió un competidor indigno del cargo de cónsul, no dió ni un momento ménos á aquel ejercicio.

No todos los Romanos se hacian una ley de jugar á la pelota. Mientras estaba viajando Horacio con personajes de la corte de Augusto, Mecenas y otros fueron despues de comer á jugar á la pelota, al paso que Virgilio y él, cuyo temperamento era poco adaptado á los movimientos algo fuertes, prefirieron dormir :

Lusum it Mecenas, dormitum ego Virgiliusque ;
Namque pila Ippis inimicum et ludere crudis.

No se hubiera creido que Escipion el Africano, aquel varon tan grave, se hubiese deleitado en bailar : y sin embargo, Séneca (*De tranq. animi*) dice en términos formales que en sus recreos bailaba, no aquellos bailes blandos y afeminados que denotan la corrupcion de las costumbres, sino los bailes arreglados y de buen gusto que se usaban entre los antiguos, y que sus enemigos mismos hubieran podido ver, sin menoscabo del aprecio y la veneracion que se tenian á su virtud.

Los mas daban un paseo á pié, ó en carruaje ; *ambulatio* ó *gestatio*.

Los Romanos de los tiempos primitivos poco dormian, y se rehacian de los trabajos de la mañana en ciertos lugares que parecia que la naturaleza habia preparado expresamente para hombres que supieran seguir con discernimiento sus inocentes leyes, y en los cuales no habia todavía la vanidad ni trastornado el juicio, ni afeminado el corazon. El murmullo de un arroyuelo, la frescura de una selva, una alameda que la casualidad les presentaba, les tenia lugar de aquellos soberbios edificios que el lujo de los siglos posteriores inventó para los mismos usos :

... Somnus agrestium
Lenis virorum non humiles domos
Fastidit, umbrosamve ripam,
Non zephyris agitata Tempe.

HORACIO, lib. III, od. 4.

Pero aquel pueblo tan pobre y tan grosero en su origen, tan delicado é intratable se puso despues de sus conquistas en Grecia y Asia, que no podia ni tomar descanso ni andar á paseo sin imponerse crecidos gastos. No quiso que

dependieran sus diversiones de las disposiciones del Cielo ; recurrió á las artes, y se hizo paseos cubiertos y largas galerías, en los cuales se veía el aseo luchar con la magnificencia. En su concepto, no era puesto en razon el esperar el buen tiempo para salir á tomar el aire, ni el exponer á su comitiva á la lluvia y al barro.

Ciceron, que aun conservaba algo de las costumbres antiguas, habla con mucha modestia de cierta galería que queria él enlazar á su casa : *Tecta igitur ambulantiuncula addenda est* (ad Atticum). ¡ Cuánta diferencia entre esta y las que se vieron á fines del mismo siglo, y que por su larga extension se llamaron *miliaris* !

Vitruvio y Columela trazaron su plan por manera que pudieran convenir á todas las estaciones : *Ut et hyeme plurimum solis, et aestate minimum recipiant*.

Los grandes señores tenian esta comodidad al rededor de sus casas, y algunos hasta en sus quintas y en los barrios ; y entónces formaban parte de los jardines, é iban comprendidas en el mismo nombre. Se lee en mil lugares : *Los jardines del César, los jardines de Luculo* : Neron mandó abrir los suyos al pueblo, para que pudieran ir á ellos los desventurados cuyas casas habia hecho quemar para procurarse un espectáculo real de la imágen que se habia formado del incendio de Troya. Plinio habla de los que tenia él en su casa de campo, y hace de ellas una descripcion tal que aun en el dia excita la admiracion ; y es de creer que no serian los únicos que fuesen tan hermosos y tan capaces. Despues de Augusto, el poeta Horacio declamaba contra la manía de construir, que con aquel género de castillos estaba para ocupar todo el terreno de Italia :

Jam pauca aratro jugera regiae
Moles relinquunt, etc.;

y por una especie de contraste le opone los ejemplos de Rómulo, mas tambien de Caton y los demas fundadores de la grandeza romana, los cuales, así que tenian algun hermoso tronco de mármol, lo empleaban en embellecer los templos de sus dioses ó bien las plazas públicas de sus ciudades, mas bien que en construir galerías para su uso particular :

... Nulla decempedis
Metata privatis opacam
Porticus excipiebat areton
Nec fortuitum spernere cespitem
Leges ferebant, oppida publico
Sumptu jubentes, et deorum
Templa novo decorare saxo.

En aquellos deliciosos parajes solian pasar las primeras horas de la tarde los que amaban los placeres tranquilos. Segun el gusto y el carácter de cada cual, los unos hablaban de cosas graves, y los otros de cosas placenteras. Los poetas se aprovechaban muy á menudo de la tran-

quilidad que reinaba en aquellos lugares y momentos para ir á decir sus composiciones á quien queria oirlas : lo cual hizo decir á Juvenal que las alamedas y las galerías de Frontone debian saber y repetir lo mismo que un eco las fábulas de Eolo, de Baco, de Jason, de Cíclope y otros tantos temas de los poemas vulgares.

Esto nada mas que por lo tocante á las propiedades particulares ; pues los habia tambien públicos, y hasta para las mujeres, como, por ejemplo, el pórtico de Metelo. Estos se fueron multiplicando infinitamente en tiempo de los emperadores, cada uno de los cuales hacia cuanto podia para vencer á su antecesor en punto á magnificencia y liberalidad. Sin contar las columnas de pórfido que sostenian el de Augusto, se veian, entre otras singularidades, las estatuas de las cincuenta Danáidas, y muchas pinturas de los maestros mas esclarecidos. En el de Octavia, hermana de aquel emperador, estaban puestos los estandartes y demas insignias militares que ántes habian tomado los Dálmatas á Domicio, y que habian llevado muy recientemente. Agrippa habia hecho pintar en el que habia consagrado á Neptuno, en agradecimiento de sus victorias navales, la historia de los Argonautas. El pórtico de Cátulo, hasta los tiempos de la República, habia estado adornado con los despojos de los Cimbrios. Los de Livia, de Neron y sus sucesores tenian cosas raras y hermosas, y tan bien adornados estaban que llamaban la atencion de los que pasaban, y hacian muy grato aquel paseo.

Como este solo placer no bastara al emperador Claudio, añadió el de los dados, y por Suetonio sabemos que con este fin habia hecho una especie de tabla ahondada en la alameda en que se paseaba.

En cuanto á los jóvenes y á los que se sentian todavía la fuerza y el ardor de la edad, en cambio de un paseo dulce y plácido, cuando no jugaran á la pelota, iban al Campo de Marte á ejercitarse en todo lo que podia hacerles mas ágiles y aptos al cansado oficio de la guerra ; montar á caballo, arrojar la azagaya, disparar el arco, tirar el tejo, en una palabra, tomaban toda especie de ejercicios, para que no hubiera ni confusion, ni relajamiento en esta clase de ejercicios que se conceptuaban como la mejor escuela de la juventud romana, los puntos eran distintos unos de otros para cada uno de ellos, y se llamaban *arce* ó *areolæ*, y todo se hacia á la vista de algunas personas cuya presencia era muy del caso para infundir emulacion á los indiferentes. Hasta aquellos ancianos, que no temian ni el polvo ni el sol, asistian, como á un espectáculo agradable, á los esfuerzos de aquellos jóvenes héroes, que consideraban como el futuro sosten del Estado.

Virgilio que, para dar mas autoridad á lo que se hacia en su tiempo, siempre hace subir su origen hasta la mas remota antigüedad, no deja de atribuir esta costumbre á los habitantes del antiguo Lacio y á los ciudadanos de Laurento,

despues de la llegada de los Troyanos á Italia. Y Horacio hace sobre ellos una oda, que no encierra otra cosa : *Lidia, dic. etc.*

Nada diré de las otras partes de la gimnástica romana ; solo he de hacer notar que todo esto quedaba concluido á eso de las tres de la tarde ; aunque en este sentido vayan entendidas la *octava* y la *nona* de los Romanos, y de ahí cada cual se iba con diligencia á los baños públicos ó privados : *Ubi hora balnei nunciata est, est autem hyeme nona, aestate octava*. (Plinio, libro III, ep. 1.) La razon natural dicta que en los baños privados debia haber mas libertad ; pero los baños públicos se abrian al toque de la campana, todos los dias á la misma hora, y los que llegaban demasiado tarde, corrian riesgo de bañarse solo con agua fria.

En los tiempos de la República, cuando todos vivian en el campo, y su trabajo ordinario de agricultura no se interrumpia mas que con algun dia festivo, cada uno, al volver por la noche de su trabajo, se lavaba cuidadosamente los brazos y las piernas ; cada nueve dias iba á la ciudad para asistir á los asuntos del foro, ó á los que se trataban en las asambleas relativamente al gobierno, y entónces se bañaba todo el cuerpo : *Prisco more tradiderunt, dice Séneca, brachia et crura quotidie abluere, quæ scilicet sordes opere collegerant ; totis vero mundinis lavabantur*. El Tiber ó los rios vecinos de sus tierras eran los baños mas comunes, y no hacian mucho negocio las estufas y los baños de agua caliente. El nombre de *thermæ*, que se les dió siempre, denota de un modo suficiente que esta especie de delicadeza, como á poca diferencia todas las demas, pasó de Grecia á Italia.

Refiere Dion en la *Vida* de Augusto, que Mecenas fué el primero que puso baños en Roma. Pero ántes de su tiempo ya habia baños públicos. Ciceron lo prueba en su oracion en favor de Marco Celio ; pero eran de agua fria, en corto número, y muy mal arreglados. Séneca, en la *epist.* 86, hace un paralelo muy largo y muy estudiado entre los baños antiguos y los de su tiempo, y da una razon muy plausible de la poca riqueza que brillaba en los primeros : *Cur enim ornaretur res quadrantaria ?* De hecho no dejaba de ser moderado el precio del baño, pues no se pagaba mas que la cuarta parte de un as. Dijo Horacio :

Dum tu quadrante lavatum
Rex ibis ;

y Juvenal :

Cædere Sylvano poreum, quadrante lavari ;

y ántes que ellos Ciceron (*pro M. Celio*) : *Nisi forte mulier potens quadrantaria illa permutatisne familiaris facta erat balneari*, hablando de Claudia.

Dió Marco Agrippa un gusto muy grande á

su pueblo, cuando en el año de su edilidad mandó construir ciento setenta lugares, en donde se bañaban gratis los ciudadanos con agua caliente y fría. A su ejemplo, Neron, Vespasiano, Tito, Domiciano, Severo, Gordiano, Aureliano, Diocleciano, Maximiano, y casi todos los emperadores, que se esmeraron en hacerse gratos, mandaron construir baños y estufas de mármol mas precioso, y segun las reglas de la arquitectura mas bien entendida. Se empezaba con agua caliente, y luego á lo que estaban los poros bien abiertos, y podian dar lugar á exhalaciones muy copiosas, estaban creidos que era bueno para su salud cerrarlos en un baño ó bien con una mera aspersión de agua fría.

Una circunstancia que merece mencionarse, y que motivaba que el baño duraba mas tiempo, es la siguiente: se hacian estregar el cuerpo con ciertas navajas de madera, ó con pequeñas almohazas, como pueden verse aun hoy día en los gabinetes de los curiosos. Esparciano sobre esto nos ha dejado una corta historia, que, además de los usos de aquellos tiempos, nos dará tambien á conocer el humor benéfico y complaciente del emperador Adriano. Se bañaba este muy á menudo con la muchedumbre. Pero, cierto día se metió un antiguo soldado, el cual, no teniendo á nadie para hacerse estregar, remediaba él mismo á este defecto, con apretar y rascarse las espaldas con la pared del baño. Como Adriano le conocia por haberle visto en la guerra, le preguntó por qué se limpiaba de aquel modo la piel con el mármol. — « Por que no tengo ningun criado, » respondió el viejo. Al oír esto, el emperador le dió esclavos y médicos para mantenerlos. El rumor de una acción, que habian presenciado muchos testigos, cundió luego en todos los barrios de Roma; y la primera vez que volvió Adriano á los baños públicos, no dejaron de ir tambien muchos viejos, y de probar á ver si, valiéndose de los mismos médicos, llegarían á atraerse las miradas y la liberalidad del príncipe. Lo que él hizo fué distribuirles solamente almohazas, mandándoles que se estragaran mutuamente entre sí.

Diré de los baños públicos lo que he dicho de los paseos, que los poetas hallaban en ellos todos los días un auditorio á su gusto, y un lugar para despachar los frutos de sus musas; y los que entre ellos amaban la sátira, dieron á conocer este defecto de sus compañeros. Horacio, por ejemplo, dijo:

... In medio qui
Scripta foro recitent, sunt multi, qui que lavantes;

y Marcial se quejaba de no poder librarse de esta importunidad que le seguía hasta dentro del baño:

Et stanti legis, et legis sedenti.
In thermas fugio, sonas ad aures.

Decía tambien Petronio en el mismo sentido que su Eumolpo (mucho mas poeta que hombre) leía sus versos en los baños públicos: *Relicto-*

que Eumolpo, nam in balneo carmen recitabat.

Los ricos tenían baños en sus casas, y á menudo magníficos, particularmente desde que se habian acostumbrado á robar á las provincias y hasta al imperio; pero no los usaban mucho á no ser en tiempos extraordinarios, y para no parecerse al comun de los hombres. Atendian no á sus necesidades, sino á sus caprichos, y á veces tambien á los de los otros, como lo hacian los emperadores Cómodo y Galieno, que se bañaban cinco ó seis veces por día para complacer á sus libertos. Se vió tambien alguna vez á aquellos señores del mundo no rehusar las instancias de sus súbditos, y llevar su benignidad hasta el punto de condescender á bañarse con ellos.

Tocante á lo que llevo dicho relativamente á los tiempos extraordinarios de los baños, es menester tener presente que la regla principal de aquellos lugares era en primer lugar de no abrirlos jamas antes de las dos ó las tres de la tarde, y luego ni antes de salir el sol, ni despues que se habia puesto.

Alejandro Severo fué el primero que permitió los baños públicos durante la noche mientras los grandes calores del verano, y añadiendo la liberalidad á la obsequiosidad, él costeó el aceite que se gastaba en las lámparas. Pero antes de este la hora comun era la octava y la nona; y su poco coste, y las ventajas que de ellos se sacaban, las grandes comodidades que se gozaban al fin de la República y en los tiempos de los primeros Césares, todo esto era causa de que todo ciudadano, fuese quien fuese, rara vez dejaba de ir á los baños; ninguno prescindia de ellos mas que por haraganería ó dejadez, cuando no estaba obligado á pasarse de ellos por motivo de luto público ó privado, porque la costumbre en este punto habia pasado al estado de ley: hé aqui por qué motivo *squalor* y *sordes* se toman muchas veces por el luto en buenos autores.

Horacio, que (*Sat. VI, lib. I*) hace una pintura tan natural del modo libre con que él pasaba el día, se da él mismo este aire de hombre des-arreglado, que él condena en los demas poetas, y dice que poco le iba el baño:

Secreta petit loca, balnea vitat.

« Ni la moda, ni la congruidad me sujetan (añade); voy solito adonde me convida el gusto; paso á veces por el mercado, y me informo del precio de las carnes y legumbres; voy al anochecer á dar una vuelta por el circo ó la Plaza Mayor, y me detengo á escuchar á uno que dice la buenaventura, que cuenta sus visiones á los que tratan de saber el porvenir; de allí me vuelvo á casa, me siento á una mesa parca; luego voy á acostarme y me duermo sin el menor cuidado por el día siguiente; me quedo en la cama hasta la hora de cuarta del día, es decir, hasta las diez, etc. »

Los baños eran seguidos de los perfumes y las esencias, que se ponian los Romanos; despues de los perfumes llegaba la cena, cuya hora era la de nona ó décima del día, que correspondian á las dos ó tres horas que entre nosotros preceden la puesta del sol.

Imperat exstructos frangere nona thoros.

Muchos creyeron que los Romanos no comian mas que por la tarde; Isidoro aseguró que no conocian ni siquiera el almuerzo, y halló partidarios; pero además de que no es verosímil que hombres tan laboriosos pudieran pasar un día entero sin restablecer sus fuerzas, un número infinito de testigos prueba lo contrario. Suetonio y Dion cuentan de Vitellio, que comunmente tomaba alguna comida tres ó cuatro v or día (*epulas trifariam semper, quadrifariam dispertiebat*), sin contar que á veces iba á merendar en casa de uno, ó almorzar en casa de otro, y de vez en cuando sabía decir á algun nuevo huésped que le diese de cenar. Verdad es que aquel emperador mas bien debe ser considerado como un monstruo que como un ejemplo en la vida civil.

Pero dejando aparte la merienda, que solo hacian los chicos, los autores así griegos como latinos, que han hablado de los usos de la antigua Roma, todos han mencionado el almuerzo de los Romanos. Plutarco, en el libro VIII de las *Cuestiones de festines*, dice con tono de certidumbre, que los ciudadanos de alguna condicion tomaban algo á eso de medio día; que estos comian solos en sus casas y con mucha sobriedad; pero que al anochecer se restablecian copiosamente con sus amigos. Ateneo cuenta la merienda sin diferencia de edad, el almuerzo, la cena y tras cena. Séneca, Macrobio, Marcial, Apuleyo, y lo que es una autoridad de mas peso, Varron, nos dicen que los Romanos en su almuerzo solian tomar el *silatum* (vino en que se ponía una planta, y que los antiguos bebían en ayunas). Cierto es que era poco para las gentes que llevaban una vida arreglada, pues todo se reducía á un pedazo de pan, un poco de queso y un vaso de vino; y quizas por este motivo Isidoro lo consideró como nada. Y en esto no hay lugar de equivocarse, pues en la antigüedad mas remota esta comida, aunque escasa, no dejaba de llamarse *cena*: *Cena*, dice Festo, *apud antiquos dicebatur quod nunc prandium; vespurna, quod nunc cena appellatur.*

Por mas que el hombre no presuma mucho de exacto en lo que únicamente se refiere á él, sin embargo la hora de almorzar era á eso de la sexta del día, esto es, hácia medio día. Cuenta Suetonio que el emperador Claudio tomaba tanto interés en ciertos espectáculos, que por la mañana bajaba á su palco, y se estaba en él hasta medio día en el acto de retirarse el pueblo para ir á almorzar. Y Marcial dice de cierto comiliton que se habia presentado en su

casa á las diez ó las once: « Has llegado tarde para merendar, y temprano para almorzar. »

En todos tiempos la cena ha sido una comida de aparato, una reunion de toda la familia, una cita de muchos amigos. Todas las disposiciones eran tomadas para que todo lo hallaran mas cómodo y mas grato los que debían asistir, la hora, el lugar, el servicio, la duración, las compañías y los convidados. Por lo regular se tomaba entre la hora nona y la décima del día, ó sea entre las tres y las cuatro de la tarde, por manera que quedaba tiempo suficiente para hacer la digestion, para desahogos, para los pequeños quehaceres domésticos, y quizas tambien para tomar un refresco (*comessatio*).

El lugar de la cena era antiguamente *in atrio*, es decir, en un espacio del vestibulo expuesto á los ojos de todos, y ningun empacho tenían por ello (dice Valerio Máximo, lib. II, cap. I), pues su sobriedad y moderacion no daban motivo para la censura de los conciudadanos: despues les obligaron á ello las leyes Emilia, Antia, Julia, Didia, Orchia, temiendo que un lugar mas retirado diera entrada á la licencia: *Imperatum est, ut patentibus, januis pertransiretur, et cenaretur*, dice Macrobio; *ne singularitas licentiam gigneret*, añade Isidoro. La ley arreglaba el gasto antiguamente, castigando severamente así al dueño de casa como á los convidados.

Algunas veces, y especialmente en la bella estación, se tomaba la cena bajo la sombra de un plátano, árbol frondoso; pero dó quiera que fuese se tenía el cuidado de poner unos paños para que la mesa y los convidados estuvieran al abrigo del polvo y de cualquier otra porquería. Además de los antiguos mármoles, que lo atestiguan aun en el día, Horacio en la descripción del banquete que dió Nasiadeno á Mecenas, menciona aquella alfombra, cuya caída ocasionó una grave confusion:

Interea suspensas graves aulea ruinas
In patinam facere, trahentia pulveris atri
Quantum non aquilo campanis excitat agris.

Así que los Romanos supieron la arquitectura, hicieron construir salas muy capaces para recibir con mas comodidad y esplendidez á los que querían convidar. Entónces la modestia de los primeros Romanos, y hasta los reglamentos que tantas veces volvieron á hacerse y tanto se habian aumentado para conservarla, pronto cayeron en olvido, y no pudieron contener el torrente los censores. Estaba en su mayor auge la República, cuando plugo á Lúculo tener igualmente salas tan soberbias, y dió á cada una el nombre de alguna divinidad; y este nombre era para su amo de casa una señal del gasto que él quería hacer para su festin. Pero todo cuanto habia sido visto, quedó eclipsado por el brillo del salon de Neron, llamado *domus aurea*. Este con su movimiento circular del artesonado y las vueltas, imitaba los cambios del cielo, y representaba las diferentes estaciones del año